

ASOCIACIÓN PSICOANALÍTICA ARGENTINA

COMITÉ EDITOR

Coordinadora

Dra. Leticia Glocer Fiorini

Secretaria

Dra. Águeda Giménez de Vainer

Integrantes

Lic. Irene Cusien

Lic. Gabriela Goldstein

Lic. Néstor Jorge Greco

Lic. Beatriz Gloria Kiver

Lic. Noemí Lustgarten de Canteros

Dra. María Cristina Martínez de Cipolatti

Lic. Diana Pollak de Lisenberg

Lic. Aída Laura Roitman de Fainstein

Dr. Juan Eduardo Tesone

LOS LABERINTOS DE LA VIOLENCIA

Leticia Glocer Fiorini
(compiladora)

Néstor Braunstein
Jorge E. García Badaracco
Benjamín F. Hadis
Moisés Kijak
Félicie Nayrou
Leonardo Peskin
Lía Ricón
Esther Romano
Juan Eduardo Tesone
Marcelo Viñar
Vamik D. Volkan

 **Lugar**
Editorial

 **APA**
EDITORIAL

Los laberintos de la violencia / compilado por Leticia Glocer Fiorini - 1a ed. - Buenos Aires : Lugar Editorial: Asociación Psicoanalítica Argentina - APA, 2008. 280 p. ; 23x16 cm. (Intersecciones)

ISBN 978-950-892-303-5

1. Psicoanálisis. I. Glocer Fiorini, Leticia, comp.
CDD 150.195

Diseño de tapa: Marcelo Baroni
Corrección de textos: Marta Castro

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, en forma idéntica o modificada y por cualquier medio o procedimiento, sea mecánico, informático, de grabación o fotocopia, sin autorización de los editores.

ISBN 978-950-892-303-5
© 2008 Lugar Editorial S. A.
Castro Barros 1754 (C1237ABN) Ciudad Autónoma de Buenos Aires
Tel/Fax: (54-11) 4921-5174 / (54-11) 4924-1555
E-mail: lugared@elsitio.net / info@lugareditorial.com.ar
www.lugareditorial.com.ar

© 2008 APA Editorial
Rodríguez Peña 1674 (C1021ABJ) Ciudad Autónoma de Buenos Aires
Tel.: (54-11) 4812-3518 / Fax: (54-11) 4814-0079
E-mail: info@apa.org.ar
www.apa.org.ar

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en la Argentina - Printed in Argentina



Índice

Los autores	7
Prólogo	
Norberto C. Marucco - José Milmaniene	11
Introducción	
Leticia Glocer Fiorini	13

PARTE I: Violencia social y orden simbólico

La violencia y el psicoanálisis	
Leonardo Peskin	29
El imposible objeto de transmisión en la anomia de la desligazón social	
Félicie Nayrou	51
La violencia masiva extrema.	
Los psicoanalistas frente al nazismo	
Moisés Kijak	71
El mensaje del terror	
Benjamín F. Hadis	91
La corrupción como una forma de violencia.	
Sus consecuencias en el psiquismo	
Lía Ricón	113

PARTE II: Trauma y transmisión generacional

Violencia política extrema y transmisión intergeneracional	
Marcelo Viñar	133
Traumas masivos causados por los "otros"	
Vamik D. Volkan	153

La violencia y el psicoanálisis

Leonardo Peskin

Sólo cuando el hombre se acostumbra a considerar a los demás hombres como iguales, es decir, después de la creación de la sociedad, aparece la alegría maligna del daño ajeno.

F. NIETZSCHE¹

Introducción general

Antes de poder pensar el amplio problema de la violencia desde el psicoanálisis, debemos destacar que, a pesar de que habría condiciones culturales, científico-tecnológicas y de riqueza mundial como para que exista menos violencia, podemos afirmar que pasa lo contrario.

Hemos sido testigos, en el siglo pasado y en el inicio de éste, de las expresiones más brutales de odio sistematizado, el cual adquirió formas que demuestran que la cultura, la ciencia y la tecnología, así como la riqueza, estuvieron al servicio de la devastación. Esto muestra que el odio ligado a la violencia es un síntoma derivado del *malestar en la cultura* y que se padece necesariamente.

Haciendo una analogía clínica, desgraciadamente a veces la agresividad motivada por el inevitable malestar social pasa de ser un síntoma neurótico "llevadero" a ser un síntoma paranoico, que desencadena lo peor, como las guerras o persecuciones y matanzas. En la supuesta paz cotidiana vemos con frecuencia, además del incremento de atentados y hechos violentos, la corrupción instalada en el Estado

1. Nietzsche, F., *El viajero y su sombra. Explicaciones del goce del mal ajeno*, Barcelona, Edicomunicación, Colección Fontana, 1994, p. 39.

evolucionando hacia un desenlace típico melancólico que conduce a degradar o arrasar a víctimas y victimarios. Una de sus consecuencias es el escepticismo frecuente como condicionante para que nada cambie, una entrega a la repetición.

Consideremos algunas singularidades antes de poder abordar de lleno el tema. La primera es que debemos hacer un giro psicoanalítico significativo: incluir como determinante la responsabilidad proveniente del Otro, una falla ética y moral que proviene de la cultura. Esto subvierte una tendencia en el campo psicoanalítico a cuestionar en primer lugar al sujeto como responsable de su destino. Solemos pensar que aunque estos hechos deriven del inconsciente, es el sujeto quien carga con la deuda. En nuestras experiencias de análisis o supervisión escudriñamos los impases o fracasos buscando el error en nosotros mismos, y siempre se consideró de "mala calidad" responsabilizar al otro. Esto es consecuente con la esencia del aporte psicoanalítico al concepto de culpa. Ante todo, el humano es culpable; si bien hay que corregir el exceso de culpa neurótica, hay culpa inherente a diferentes fuentes: cobardía frente al deseo, culpa de no haber gozado, o culpa por haber gozado y la inevitable transgresión de la Ley por inefables fantasías o actos incestuosos. En última instancia, el mero hecho de ser mortales nos ubica en falta, ya que no podemos cumplir con sostener los ideales culturales más allá de nuestra muerte; por más que diseñemos testamentos, no podremos garantizar que se cumplan las premisas. Sin embargo, debemos distinguir la "falta en ser" de una falta moral. La "falta en ser" alude a la definición de sujeto, que sólo puede existir sostenido por el significante, lo cual mella la plenitud de su ser. En cambio una falta moral se refiere al incumplimiento de la Ley que rige esa subjetividad, y se trata de una falta que amenaza el orden fundante de ese sujeto.

Otra consideración preliminar es que algo violento no indica el signo moral o ético del hecho. Violento admite ocho acepciones,² y por

2. Violento/a. (del lat. *violentus*). 1. adj. Que está fuera de su natural estado, situación o modo. 2. adj. Que obra con ímpetu y fuerza. 3. adj. Que se hace bruscamente, con ímpetu e intensidad extraordinarias. 4. adj. Que se hace contra el gusto de uno mismo, por ciertos respetos y consideraciones. 5. adj. Se dice del genio arrebatado e impetuoso y que se deja llevar fácilmente de la ira. 6. adj. Dicho del sentido o interpretación que se da a lo dicho o escrito: falso, torcido, fuera de lo natural. 7. adj. Que se ejecuta contra el modo regular o fuera de razón y justicia. 8. adj. Se dice de la situación embarazosa en que se halla alguien. Véase *Diccionario de la Real Academia Española*. <http://www.rae.es/>

lo tanto debemos especificar siempre a qué orden de violencia nos referimos; en esta dirección vemos incidir las categorías simbólicas y culturales que enmarcan estas adjetivaciones. Se aplica más a situaciones que reflejan pasión y ruptura de formas que a algo destructivo, por eso quizá sea necesario agregar descripciones u otros vocablos como odio, crueldad, venganza, genocidio, para que la violencia adquiera el signo que intentamos pensar.

Todas las disciplinas que se ocupan de lo humano, como la filosofía, el derecho, la psicología y otras, tratan de discernir las diferencias entre aquella violencia inherente al crecimiento y desarrollo de una persona o de una cultura, de aquella otra violencia que es regresiva o aberrante en relación con cualquier categoría que se invoque. Sin embargo, hay más zonas grises que blancos o negros; el ser humano —haciendo una analogía teológica— es una mezcla entre lo diabólico y lo divino. El bien y el mal son el anverso y el reverso de la misma moneda. Otra categoría, parafraseando a Nietzsche, es el "más allá del bien y del mal", que tiene afinidad con lo que desarrolla Freud a partir de *Más allá del principio de placer*.³ Desde ese momento la dominancia del determinismo pulsional deshace muchas expectativas morales para el accionar humano; aun en lo que terminan por ser buenas acciones hay un fondo eventualmente malvado que se fue transformando.

Esto ya lo había advertido Freud en 1900; recordemos una frase:

Y en todo caso será instructivo tomar conocimiento del tan hozado suelo sobre el que se levantan, orgullosas, nuestras virtudes. La complicación de un carácter humano, dinámicamente movida en todas las direcciones, rarísima vez admite despacharse con una simple alternativa, como querría nuestra añeja doctrina moral.⁴

3. Freud, S. (1920), *Más allá del principio de placer*.

4. Freud, S. (1900), *La interpretación de los sueños*. Sobre la psicología de los procesos oníricos. I o inconsciente y la conciencia. La realidad, p. 608.

El sujeto como eje de la dinámica metapsicológica de la violencia

Intentaremos describir los resortes que mueven a un sujeto a acciones, pensamientos, fantasías, actos violentos, considerando las cualidades intrínsecas de la realidad intersubjetiva que los humanos comparten en el lazo social obligado para la subsistencia. Los resortes actúan dentro del aparato psíquico y de los aparatos sociales; estos aparatos tienen puntos comparables porque la sociedad es un derivado de los hombres, pero tienen diferencias que no se deben violentar, haciendo honor al tema. La psicología de las masas presenta puntos de intersección con los individuos que la componen, pero hay otras reglas y categorías que no se deben confundir; algunas son estudiadas por otras disciplinas como la sociología, la economía o la antropología, ciencias que el psicoanálisis puede consultar pero debe respetar sus limitaciones para evitar el riesgo de hacer una *Weltanschauung*⁵* que pretenda explicar todo lo que acontece en el mundo desde el psicoanálisis.

Un sujeto se constituye en el seno de una cultura, y ésta lo irá preparando para que sea pacífico o belicoso. En sociedades proclives a la violencia, se forman sujetos violentos, como las que culminaron involucradas en los eventos más notables de violencia organizada; ahí encontramos antecedentes de enseñanza e incentivación desde la infancia. Recordemos las juventudes hitlerianas, las escuelas para Kamikaze, los centros de formación de terroristas musulmanes. Ahí se tiene bien claro que para lograr fraguar un sujeto violento hay que adoctrinarlo instalando la violencia como ideal y creando un discurso consistente donde pueda apoyar su accionar. Si bien esto se llevó a cabo a lo largo de la historia de la humanidad desde épocas como la de los asirios o la de los espartanos, hubo una concordancia entre los desarrollos de las ideas de

5. *Weltanschauung* (de *welt*, "mundo", y *anschauen*, "observar"). La palabra cosmovisión se aproxima al concepto. Sigmund Freud se refiere a esto en 1933, en *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis*, 35ª conferencia.

* Jacques Lacan: "El psicoanálisis no es ni una *Weltanschauung* ni una filosofía que pretenda dar la clave del Universo. Está gobernado por un objetivo particular, históricamente definido por la elaboración de la noción de sujeto. Plantea esta noción de una nueva manera, conduciendo al sujeto a su dependencia significante". *Seminario 11*, "Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis", p. 85.

Freud acerca de la *psicología de las masas*⁶ y lo sucedido partiendo de la Alemania nazi hasta nuestros días, haciendo más sofisticado el modo de crear sujetos que sin vacilar adhirieran a un propósito inhumano para cumplir con la causa; un ejemplo paradigmático fueron los SS.

La difusión masiva de ideales violentos transformados en discursosseudorracionales cumple en nuestros días con dos premisas: una es la distribución universal y masiva del poder por vía del adoctrinamiento que da derecho a cada uno de ser el ejecutor de esas ideas en el marco de bandas organizadas; y otra es que con la subordinación de las leyes a los ideales se subvierte de un modo siniestro la función restrictiva y ordenadora de la Ley como representante simbólico de un tercero para frenar el impulso.

Sin embargo, cada sujeto es singular y resuelve los determinismos simbólicos de modos diferentes; en esta dialéctica entre una singularidad radical y una alienación en el conjunto se debe evaluar el accionar humano. Lo hacen singular los aspectos no pasibles de ser culturizados, el "animal" que sigue habiendo en el ciudadano más cívico, y en las cualidades del yo que presenta una plasticidad muy grande en cuanto a acomodarse al ideal de un momento, pero en sus cualidades intrínsecas es siempre demandante insaciable de amor. El amor está íntimamente vinculado al odio; sólo en formas más cultivadas logra ese modo que solemos ponderar como protector o altruista en relación con lo amado. Pero en muchos casos caemos en hechos que ratifican la expresión de Thomas Hobbes: "El hombre es el lobo del hombre",⁷ aunque se muestren las mejores intenciones al servicio del "bien" y del amor. Los mecanismos de identificación proyectiva están siempre disponibles para los propósitos imaginarios yoicos.

El sujeto⁸ es un producto simbólico: el sujeto del inconsciente tiene cualidades y categorías que lo rigen como un sistema ordenado con reglas y funcionalidades simbólicas que provienen de ese Otro extranjero interior que conforma nuestras raíces culturales inconscientes.

Lacan postula que el inconsciente está estructurado como un lenguaje y el sujeto es producto del lenguaje, sin embargo, esto sólo

6. Freud, S. (1921), *Psicología de las masas y análisis del yo*.

7. Freud menciona este apotegma en *El malestar en la cultura* (1930) tomado del texto de Plauto *Asinaria*.

8. Peskin, L., *Los orígenes del sujeto y su lugar en la clínica psicoanalítica*, 2003.

describe un parámetro, uno de los tres registros que Lacan caracteriza: lo Simbólico. De los otros dos: lo Real tiene que ver con la dimensión que atañe a cada sujeto como eso que llamaba recién su "animalidad", lo pulsional, originado en un cuerpo sexual palpitante que reclama a lo simbólico satisfacciones concretas, ingestas, descargas, impulsos... Y luego lo Imaginario, que caracteriza el psiquismo en sus cualidades yoicas, en sus propiedades de concebirse parte de una integración social como ámbito afectivo propio. Lo Imaginario da el sentimiento de familiar, aquello a lo que el sujeto se acomoda con su yo dando lugar a la realidad psíquica y la posibilidad de fantasear.*

Justamente en la vivencia de lo "siniestro", momento donde lo familiar se torna lo menos conocido, podemos observar que cuando se atenúa la armonía imaginaria yoica con el mundo que nos rodea, se hace evidente la ajenezidad de los resortes simbólicos y lo irreductible de lo real como aquello no incluíble en el narcisismo. En cuanto a la violencia, la ruptura de lo familiar es particularmente significativa porque hace a la posibilidad de perder el reconocimiento del semejante y de segregar al otro y destituirlo como radicalmente ajeno, hasta formas inhumanas que no despiertan el menor sentimiento de piedad, culpa o arrepentimiento por lo que le acontezca o se le inflija.⁹ Estas operaciones pueden llegar a hacerse con aquel que fue el más cercano, como acontece en las guerras llamadas fratricidas, o en los crímenes o la violencia ejercida sobre los parientes más allegados en la paranoia. Una hipótesis de Pierre Legendre¹⁰ es que todo homicidio es un parricidio en la medida en que, para llevarlo a cabo, necesariamente se está matando al padre en tanto función legisladora que prohíbe matar.

La segregación del semejante como condición del mal

Un ejemplo ilustrativo de la creación de un discurso de segregación y denigración del prójimo lo encontramos en *Mi lucha*, de Hitler, donde de un modo asombrosamente simple se muestra el huevo de la

* Peskin, L., "El sujeto desde la perspectiva lacaniana", <http://www.elpsicoanalisis.org.ar/numero4/resenasujeto4.htm>

9. Freud, S. (1930), *El malestar en la cultura*.

10. Legendre, P., *El crimen del cabo Lortie. Tratado sobre el padre*.

serpiente, que luego vimos crecer hasta alcanzar la sofisticada "solución final" nazi. No se trató de un fracaso intelectual o cultural sino de un proyecto del más alto racionalismo. Fue un sádico logro intelectual que creó el más sofisticado objeto denigrado, hizo del semejante una cosa a ser destruida sin residuo alguno reconocible como derivado de una persona:

Cierta vez, al caminar por los barrios del centro, me vi de súbito frente a un hombre de largo caftán y de rizos negros. ¿Será un judío?, fue mi primer pensamiento. Los judíos en Linz no tenían ciertamente esa apariencia. Observé al hombre sigilosamente y a medida que me fijaba en su extraña fisonomía, estudiándola rasgo por rasgo, fue transformándose en mi mente la primera pregunta en otra inmediata. ¿Será también un alemán?¹¹

Como ejemplo contrapuesto, la propuesta de Freud en *Moisés y la religión monoteísta* (1937-1939), de que Moisés era egipcio, hace del extranjero un semejante en el más alto rango y deshace la idea de la extrema diferencia que identifica tanto a los judíos y los enfrenta a una parte importante de sus problemas cuando vemos girar el signo de esa diferencia del pueblo diferente elegido por Dios al pueblo elegido para la persecución.

Sin embargo, el punto de qué es igual que yo y qué es diferente de mí es un punto crucial de creación de lo semejante con lo que me puedo identificar, o lo diferente de lo que tengo que recelar; si manejamos las categorías netamente narcisistas del yo de placer, el delgado hilo entre lo amado o lo radicalmente expulsado es terminante y violento. Si se logra significar al semejante, sea mujer, negro o judío, como el distinto que forma parte de categorías simbólicas de lo diverso enriquecedor, habremos arribado a una alternativa aliviadora del síntoma xenófobo que estamos intentando comprender. No obstante, siguiendo la idea de que los síntomas en la cura analítica no se curan sino que se transforman de un modo fructífero y pulsátil, por vía de la sublimación y la creación, lo diferente seguirá retornando y habrá que seguir intentando modos de integrarlo o valorarlo.

11. Hitler, A., *Mi lucha*, p. 49.

El psicoanálisis mismo conoció en el seno de sus instituciones segregaciones que determinaron cismas semejantes a las guerras religiosas, con tribunales que debían juzgar la pureza de los miembros con técnicas lamentablemente demasiado parecidas a las de la Inquisición. Si bien ningún psicoanalista fue quemado en la hoguera, podemos decir irónicamente que han quemado política y socialmente a más de uno, por haber defendido algún texto de una teoría contraria a la institución que lo albergaba. Esto hace verificar que los psicoanalistas son sexuales y mortales como todos los hombres, pero sería dable esperar que el haber sido analizados los ayudase a salir de las modalidades más salvajes.

Dentro del meollo de la violencia podemos decir que, apenas rota la armonía aparente del imaginario social, vemos aparecer hilos que nos mueven como títeres desde los aparatos simbólicos del Estado o las religiones, y surgen como reales las condiciones vulnerables y mortales de todos los humanos que terminan expresándose en odio, resentimiento o amor.

El amor tiene muchas acepciones, tal como lo ilustra *El Banquete*, de Platón. Desde el psicoanálisis se pueden investigar sus diferencias y lo invariable en su calidad intrínseca de pasión, para comprender cuándo ésta puede ser llevada por los carriles simbólicos que le permitan crear un objeto exogámico y, con la sublimación de las tendencias parciales pulsionales, lograr un “amor protector” y “altruista”. Pero sepamos que partimos de lo que Lacan denominó odioamoramiento (*Seminario 20*, “Aún”)¹² para evidenciar que de la misma fuente narcisista emergen ambas pasiones.

Por otro lado, la fuerza pulsional se realiza desde el imaginario y las funciones yoicas a partir de donde se despliegan las dinámicas identificatorias que configuran la actitud hacia el prójimo. No obstante, el llamado sujeto simbólico es quien explicará la perseverancia, la capacidad de pensamiento y la estabilidad de las identificaciones. Lo Imaginario en sí mismo es intenso e inestable, busca el completamiento de una imagen beatífica u omnipotente, negando su impotencia frente a las fuerzas de la naturaleza y de las imposiciones simbólicas de la cultura. Por sobre todo se maneja en los dos extremos pasionales: enamoramiento

12. Lacan, J., *Seminario 20*, “Aún”, p. 109.

por aquello que lo completa o agresividad frente a la frustración. Esa agresividad atañe a nuestras dificultades clínicas frente a muchos enojos de los pacientes, que no deben confundirse con el odio.

Formas del superyó que condicionan el maltrato y el sometimiento

Con estas descripciones muy generales trato de ubicar al sujeto en esos determinismos que Freud (1923b) refirió al yo destacando la triple servidumbre: al ello, a la realidad y al superyó.

Sin pretender resolver tan complejos esquemas teóricos, la diferencia conceptual es que, si ubicamos al sujeto lacaniano en lugar del yo y al triple determinismo de los tres registros, Imaginario, Simbólico y Real, alcanzamos formas más básicas, ya que el ello, el superyó y la realidad son formas compuestas por articulaciones entre los tres registros.

La Ley que rige una cultura, y a cada uno de los sujetos que se incluyen en ella, conserva en su intento de atenuar el carácter violento de esa sociedad una cuota de poder agresivo tan devastador como la violencia que pretende resolver. El representante paradigmático de esa Ley en cada sujeto es el superyó, formulado por Freud como hipótesis de mito de origen histórico de la cultura renovado en la historia de cada sujeto.¹³ Prestemos atención a la dramática trágica intrínseca que caracteriza el paso que lleva a la humanización y en qué medida algo queda inexorablemente “desarreglado”, y es la fuente del *malestar en la cultura* y de explosiones de crueldad. Esta hipótesis describe una etapa en épocas de escasez alimentaria por las glaciaciones, donde la organización de los primitivos era en grupos familiares, hordas, gobernados por un padre despótico que expulsaba a los jóvenes machos rivales. En ese contexto los jóvenes expulsados afianzan la alianza fraterna, matan al “Padre terrible” poseedor de las hembras y los bienes, lo devoran en un banquete y crean un símbolo, un Tótem, que pasa a sustituir a ese padre déspota por una Ley simbólica que va a regir una vinculación menos autoritaria: la alianza fraterna sostenida en la sublimación

13. Freud, S., *Tótem y tabú. Algunas concordancias en la vida anímica de los salvajes y de los neuróticos* (1913 [1912-13]) y *Moisés y la religión monoteísta* (1937-1939).

de tendencias homosexuales que, según como evolucionen, cimentan la amistad.

La ingesta del padre hace que cada uno de los partícipes del asesinato adquiera cualidades por la identificación con el padre muerto, pero también cargue siempre con la culpa del asesinato. Estos pasos construirían el superyó, instancia inconsciente que cumple varias funciones, entre ellas la autocrítica y una versión de las reglas incorporadas que rigen a cada persona. Este proceso, en la medida en que presenta impedimentos, y esto es muy frecuente, hace que esa instancia sea exageradamente autocrítica o que maneje reglas no muy equilibradas.

El superyó está compuesto por el ideal del yo: instancia rectora del yo y el narcisismo. Esto en conexión directa con el ello, representada en el mito por la ingesta directa de ese trozo de "el padre" que, como una "voz interior", gime, acusa, exige y empuja; objeto pulsional por excelencia. Y resta la dimensión eventualmente más "lograda" desde la perspectiva cultural, la Ley, la que justamente intentará atenuar el carácter ingobernable del ideal y del ello.

Aunque en cada persona se puede evidenciar el protagonismo del superyó tanto sea por su flojedad como por su intensidad, hay dos cuadros que muestran con claridad el papel de un superyó intenso: son las depresiones, en particular la melancolía, y las dinámicas obsesivas. Pero lo más atinente al tema en cuestión es justamente cuando la Ley es particularmente afectada; vemos así las formas más floridas del accionar superyoico en la paranoia. En estos casos encontramos un discurso social o un sujeto que, sin vacilar, descarga sus pulsiones repetitivamente buscando consolidar un ideal narcisista y alcanzar un valor redentor de todos los males en nombre del bien absoluto, que, como sabemos, es el peor de los males.

Probablemente el texto freudiano más ilustrativo, tanto de la temática del superyó y sus orígenes como de la objeción al bien absoluto, es el del presidente Wilson.¹⁴ Ahí se ven con claridad las ideas de protagonismo de un sujeto que termina promoviendo hechos sociales devastadores a partir de su singularidad, producto tanto de identificaciones redentoras como del ejercicio insensato de su papel como mandatario en una sociedad que lo sostuvo y avaló.

14. Freud, S. y Bullit, W., *El presidente Thomas Woodrow Wilson. Un estudio psicológico* (1938).

O. Mannoni, en referencia al estudio sobre Wilson, dice que Freud condena al fracaso cualquier idea de hacer el bien basada en una ilusión, y ese mismo supuesto pacificador es cuestionado como padre fallido.

Freud se opone a toda idea del Bien absoluto, igual que Lacan, que en su Seminario *La ética del psicoanálisis* revisa la historia de Edipo, guiada en Tebas por el Bienestar que no quería cuestionar, desde su narcisismo y sus conveniencias pulsionales. Recién en Colona, sin sus ojos, puede comenzar a "ver". Claro despojamiento castratorio del imaginario como impedimento, esta castración en lo real va en línea con no haber podido hacerlo simbólicamente renunciando a matar a su padre y poseer a la madre. Edipo hace el complejo de Edipo en el transcurso de la tragedia y como en toda "buena" tragedia, cuando ya era tarde. Al respecto, Foucault¹⁵ hace un análisis donde muestra que lo que Edipo descubre estuvo siempre disponible; hubiese bastado con preguntarle a un esclavo para conocer toda la historia que tan penosamente él descubre más tarde. En esa línea se puede advertir que los intereses de clase social impiden ver lo obvio. A menudo nos sorprende cómo algunos líderes no advierten que cometen errores evidentes que los llevan al fracaso, se suelen reunir los ciegos intereses de un proyecto económico o de poder con la negación narcisista yoica de los líderes omnipotentes. Pero también vemos el giro de la paranoia a la melancolía, que sabemos que no es demasiado difícil; siguiendo la orientación kleiniana, basta con poner imaginariamente el objeto destruido persecutorio (por no reconocido simbólicamente) "afuera" o "adentro" para que se produzca una u otra alternativa. Pero justamente el objeto pulsional al que hacemos referencia no es móvil, está engarzado en un soporte discursivo simbólico, en una estructura articulada que tenemos que ir reconstruyendo en nuestros análisis. El tratamiento del objeto a nivel social siempre involucra al otro: el semejante, el prójimo, el hermano, la pareja, el hijo, los padres, los vecinos; es el punto central de evaluación del riesgo de violencia de una actitud, en especial cuando para "defender" a alguno se sanciona agresivamente al otro. René Girard¹⁶ destaca, en una cierta objeción a la interpretación

15. Foucault, M., *La verdad y las formas jurídicas*.

16. Girard, R., *La violencia y lo sagrado*.

psicoanalítica del *Edipo* de Sófocles, la dominancia de lo colérico impulsivo a lo largo de toda la obra y en todos los personajes. Desde nuestro punto de vista, que la cólera sea tan obvia hace a las cualidades de la represión en la Grecia antigua, una época en la cual las pasiones se podían mostrar más francamente. Freud lo considera comparando a Edipo con Hamlet;¹⁷ uno es el héroe impetuoso, el otro es un héroe reprimido, neurótico; al final de las respectivas tragedias llegan a un mismo punto, la muerte como castigo a la transgresión.

Menciono esto porque las formas que adquiere la violencia varían según los discursos culturales vigentes en cada época y, si bien el prototipo de sujeto cambia, el hecho violento siempre es producido por la descarga de la pulsión (Peskin, 1992). Quizá cuanto más sofisticado es el dispositivo simbólico que se motoriza por la pulsión, más artera será la consecuencia y más sutilmente siniestra será la organización social que se produzca. En la comparación Edipo-Hamlet hay un paso hacia la desresponsabilización del sujeto y una justificación menos involucrada de las propias tentaciones; el final de las dos tragedias equipara a ambos sujetos.

Los cambios culturales a partir del nazismo han democratizado el poder tanático, el avance de la ciencia y la tecnología ha facilitado el acceso al poder destructivo con productos sofisticados de los que puede disponer cualquiera. El sujeto pierde toda responsabilidad, goza de un encadenamiento que resuena cotidianamente en nuestros días: “decreto de necesidad y urgencia”, “estado de excepción”, “obediencia debida”, “zona liberada”, todo esto habilita al eventual accionar despiadado del sujeto. Según la organización del Tercer Reich, cualquier ciudadano podía humillar o matar a un judío o al que se opusiese al régimen. Hoy en día cualquier ciudadano tiene acceso a drogas, armas y recursos tecnológicos casi sin restricciones, por su abaratamiento y la globalización. El poder tanático ya no está en el Olimpo de algunos pocos, ahora es accesible ilusoria y realmente a todos; cualquiera podría armar una bomba nuclear en el garaje de su casa, esto como concepto y como disponibilidad objetiva.

En los mensajes a las comunidades hay permanentes intentos de apelar al funcionamiento del superyó; por lo general, si se sigue este

17. Freud, S., *La interpretación de los sueños*, Muerte de personas queridas.

recurso sin dar mayor consistencia a las leyes jurídicas y su auténtico cumplimiento, se promueve el efecto paradójico de intensificar el rasgo más temible del superyó: la conjunción entre el ideal que rige lo imaginario y la pulsión que proviene del ello. Alternativa que Lacan describe como “figura obscena y feroz”, y podemos agregar que empuja al goce; esta forma del superyó que, como es observable, no tiene nada de protector para el sujeto ni para la sociedad, es la que se produce frente a la ausencia de la moderación de la Ley simbólica. Tengamos en cuenta que la Ley, si hablamos de aquella que asume como tal el superyó, no es moderada ni ecuánime, es parcial, es una interpretación descontextuada del cuerpo total del sistema jurídico, por eso se puede decir que como ley tiene cierto sesgo de insensata. Consideremos que el hombre común y aun el letrado, no conocen ni podrían recordar todas las leyes de un sistema jurídico. Es así de complejo poder definir con qué ley se exige a un hombre común que rija sus actos. Sin embargo, el Estado no puede ser parecido al superyó, aplicando leyes parciales e insensatas, pero es exactamente lo que vemos en los Estados totalitarios. En este sentido citaré una expresión de la “ética” de Herman Goering: *Recht ist, was uns gefällt* (“El derecho es lo que nos place”).¹⁸ Quizá no haya otra alternativa; parafraseando a la religión, un hombre probo debe ser “temeroso de la Ley” y la Ley debe ser autónoma de conveniencias circunstanciales, hay que evitar el “estado de excepción”.¹⁹ La ley en que se apoya el juicio de un mandatario o de un sujeto logrado no puede ser la del superyó.

Un ejemplo típico de estos modos de funcionamiento son las organizaciones mafiosas que “dadas las circunstancias” ofrecen “protección” frente a las amenazas a cambio de dinero, servicios o acatamiento de sus reglas. Por una parte la amenaza suele provenir de ellas mismas, y por la otra, no habiendo reglas estables y consolidadas que vayan más allá de intereses de poder individuales o grupales, acostumbran incrementar sus demandas con toda suerte de amenazas y maltratos que conocemos ampliamente y que terminan llevando a los afectados al sometimiento extremo, la expulsión o la muerte. Es la exoscopia del superyó en acción, nunca cesa de pedir más satisfacciones o impedir

18. Wittgenstein, L., *Conferencia sobre ética*, p. 60.

19. Agamben, G., *Lo que queda de Auschwitz*. El archivo y el testigo.

más realizaciones del sujeto, genera temores, obligaciones, culpa y dinámicas martirizantes como la obsesión o la melancolía y, tal como lo describimos eventualmente, en cierto giro pueden llevar al “día de furia” paranoico.

Las sociedades viven experiencias homologables a los sujetos que las componen. Vemos los sometimientos extremos y las inhibiciones en sociedades totalitarias, así como los “días de furia” en algunas rebeliones. Es bastante menos frecuente que lo esperado que se sustituyan estas formas tribales mafiosas por sistemas justos regidos por leyes aplicadas con ecuanimidad.

La violencia como organización de un discurso

La violencia que nos preocupa y de la que intentamos dar cuenta es aquella que tiene un basamento simbólico. Un discurso que ubica a un sujeto, que orienta su deseo en un proyecto sostenido en el tiempo, y que tiene la perseverancia y la fuerza para llevarlo a cabo. Si comparamos esta descripción con lo que sabemos de la organización de la paranoia, veremos que tiene muchas similitudes: hay un propósito que tiene la certeza de los juicios que lo sostienen. Vemos orientadas las capacidades intelectuales y físicas, y los medios (de un sujeto o de varios) para conseguir realizar el proyecto violento, sometimiento, daño, muerte o martirio de otro o de otros.

A pesar de haber sido estudiado y experimentado muchas veces, el terrorismo de Estado o la crueldad organizada vuelve a sorprender como increíble. Cada vez que la humanidad “presencia” o protagoniza una nueva expresión de la devastadora maldad humana vuelve a sorprenderse; por lo menos esto acontece con la humanidad que está diseñada para rechazar por medio de diques morales, pudor, vergüenza y culpa los hechos crueles.²⁰ También es cierto que en aquellas sociedades que están habituadas a la violencia nada sorprende y todo es aceptable; puede haber acontecimientos cada vez más graves frente a la indiferencia de los que ya están habituados, ya están hechos para ese propósito.

20. Agamben y Nussbaum.

Hay una enorme cantidad de experiencias muy cercanas en las que se mide la “siniestra” plasticidad social para ver deportaciones y matanzas de judíos en la Europa nazi, o para ver la desaparición forzada de personas y asesinatos, como en la Argentina del Proceso. No sorprendió demasiado ver pasar los trenes de deportados rumbo a los campos de exterminio, como tampoco sorprendía demasiado ver los automóviles con grupos de hombres armados cuando recorrían las calles de cualquier ciudad de la Argentina en los años 70. Quizás es por esta sorpresa ingenua en ciertas sociedades o estos excesos de tolerancia a la crueldad en otras, que debemos estar atentos y estudiar estos fenómenos; sólo recordando y estando advertidos habría alguna esperanza de atenuar la inexorable repetición. En la actualidad, cotidianamente, cada vez nos sorprenden menos la corrupción del Estado, los delitos vandálicos y el hecho de que las fuentes de la violencia remitan a los mismos que dicen querer resolverla.

Es importante, al considerar la violencia, tener en cuenta dos cuestiones: la primera es que el accionar de un individuo o una sociedad de modo violento incluya la suficiente desconsideración del prójimo como para que las consecuencias de estos hechos tengan efectos crueles efectivizados (al decir de Legendre desde la perspectiva jurídica: “una definición sumaria del crimen que supone no solamente el cumplimiento de un acto material (*actus*) sino la intención de hacer el mal (*mens rea*)”).²¹ Esto no implica necesariamente que haya actos sangui-narios u ostensiblemente agresivos; en realidad, quizá las formas más graves de maltrato o desconocimiento de los derechos del semejante se evidencian en las leyes cuando éstas se dirigen contra un grupo.

Comparando lo social con nuestra metapsicología, se debe distinguir el andamiaje simbólico que configura el inconsciente y la represión, diferente del aparato narcisista que regula las pasiones y se mueve motivado por las pulsiones en dirección a lo que las satisface: las pulsiones, como sabemos, se rigen por el imperativo de la descarga. Gracias a los dispositivos simbólicos del aparato psíquico constituido se logra modular los desenfrenos yoico-narcisistas que buscan aquella realidad que permite la descarga sin límites, como se busca alucinatoriamente en lo que Freud llamó experiencia de satisfacción.

21. Legendre, P., *El crimen del cabo Lortie. Tratado sobre el padre*, p. 17.

Cuando el guardián de la salud y la moderación, la represión, impide tanto la descarga como la configuración alucinatoria de la realidad en tanto diseñada para satisfacer la descarga pulsional, veremos el armado de una realidad que permite postergar, fantasear, sublimar o renunciar definitivamente a ciertas formas de descargas directas calificables como incestuosas.

En la realidad corriente que habita un sujeto se discrimina un marco simbólico que la sostiene, que a su vez se determina por leyes de lo que está permitido o prohibido como incestuoso, ya que en términos más propios del psicoanálisis queda clara la diferencia entre lo posible y lo imposible, cosa que en el desarrollo humano comienza por el reconocimiento de la diferencia sexual y la condición mortal como bases iniciales de la configuración de todas las otras categorías.

Pero sabemos que lo que se calificará como incestuoso depende de cómo se establecen las categorías en una sociedad; el Edipo debemos comprenderlo como lo que suele denominarse "Edipo ampliado", no circunscripto al triángulo imaginario, madre, padre e hijo, sino a un objeto deseado y una Ley que lo marca como prohibido; dicho de otra manera, la existencia de la Ley crea el objeto y el deseo, en tanto su forma inicial deseada es prohibida; por ende se produce la metafórica sustitución por otro permitido que nunca será el originario. Lo que sabemos es que el signo que califique de prohibido o permitido un objeto es la nominación que haga la Ley; si matar a un negro está permitido, o, dicho de un modo más moderno, está omitido como prohibido en la Ley, esto incentiva a matar a un negro, porque la Ley marca con impoluta nitidez que el blanco es intocable, entonces el deseo orienta a la pulsión a su descarga sobre el negro. Para que alguien se apiade y no se ensañe con el negro debe lograrse que se admita que el negro es similar al blanco, o que el blanco es similar al negro y eso solamente puede resolverse si se deshace el *apartheid*²² en las leyes que rigen esa sociedad.

22. Este término significa en *afrikaans*, variante sudafricana del holandés, separación. Apareció oficialmente en Sudáfrica en 1944 y sirve para designar la política de segregación racial y de organización territorial aplicada en forma sistemática en África del Sur, un estado multirracial, hasta 1990. www.historiasiglo20.org

Conclusiones y líneas de especulación teórica

El pecado original que, según la religión, siguen pagando todos los humanos, pone en escena la tentación impulsiva caracterizada por cierta forma de goce que es transgresora por naturaleza, desde donde no hay límites a la búsqueda de conocimiento y saber para ponerlo al servicio de una expresión cada vez más sofisticada de un goce tanático. El uso de estas alusiones bíblicas no es un giro místico sino la muestra de que estos temas vienen acompañando hace varios miles de años a la historia de la humanidad. La cuestión de la sexualidad implicada en lo pulsional, que Freud enfatiza como requisito fundamental para que una reflexión sea psicoanalítica, es complementada por las ideas de Lacan de una inexistencia de la relación sexual complementaria y de una concepción como emergente teórico de eso que él califica como un goce no ligable a la palabra. Es decir que sin el saber y lo simbólico no hay ninguna categorización posible, pero una vez establecidas las categorías surge lo que no cesa de no subordinarse a lo simbólico, siguiendo a Lacan "no cesa de no inscribirse" (*Seminario 20*, "Aún").²³ La pulsión, en esencia, para bien o para mal, seguiría siendo la fuente enigmática que exige cambios permanentes a lo simbólico, configurando en la mitología de un padre y una madre un motor "maternal" fructífero como objeto primario en tanto un padre lo modere, pero adquiere formas temibles como cuando no consigue su lugar para causar el deseo.

La otra alternativa en relación con estas ideas, muy trabajada por Agamben, es que ese distanciamiento de la palabra haga que las historias más horrorosas de violencia y maldad, como fueron las de los campos de exterminio, no tengan testimonio posible, no tengan ubicación en el tiempo, y sigan transcurriendo misteriosa y fantasmagóricamente. Estas características que adquiere lo horroroso generado por las conductas humanas hace que su estudio sea muy difícil y conserven algo de incomprensible por ausencia de un sentido pensable e imaginable, aun para los que intentan abordarlo muchos años después. El goce tiene una alternativa de transcurrir por fuera de la palabra, aunque esto necesariamente ocurra en un contexto donde el lenguaje, lo simbólico y la palabra estarían disponibles. Éste es un tema metapsicológico que

23. Lacan, J., *Seminario 20*, "Aún", p. 114.

en este trabajo no podemos desarrollar porque excede el tema que estamos tratando. También quizás hace a la vulnerabilidad de aquellos que no hablan y a quienes se toma como víctimas, los niños, los pobres, las mujeres cuando están en contextos culturales donde no se les permite hablar, o cualquier grupo social privado de expresarse aun disponiendo del lenguaje. En esas condiciones en que se configura, de un modo forzado por la voluntad de un amo, el hecho de reducir al otro a una esclavitud sin reglas discernibles, sin pactos que configuren alguna humanización del prójimo, observamos una forma del mal que no tiene límites, porque los que lo ejercitan aparecen identificados con dioses en el ejercicio del bien supremo.

Descriptos estos parámetros, podemos conjeturar que las formas extremas de maldad exceden inclusive las características posibles de ser establecidas por lo simbólico; por ejemplo, dentro de la nosografía psicoanalítica encontramos aquellos goces que sí son pensables, como el que vemos aparecer en acto en la psicosis. En ese caso, si bien el sujeto se "desabona" del significante y configura un delirio donde se evidencia el goce, tiende, aunque sea asintóticamente, a encontrar una "reparación" del Nombre-del-Padre ausente, en tanto logre estabilizar la metáfora delirante como suplencia de la metáfora del Nombre-del-Padre. Un ejemplo paradigmático es la tesis de Lacan sobre la Paranoia de Autopunición, donde el psicótico logra estabilizarse por vía de un accionar violento. Esto da esperanzas al análisis con psicóticos y no las da en la violencia organizada como discurso de los canallas. Quizá forma parte de lo incurable de los humanos.

Si un paranoico comete crímenes seriales mutilando o despellejando víctimas como expresión de un intento de borrar las categorías sexuales rumbo a la transexualidad psicótica, en un hipotético final encontraría el límite; en ese sentido tiene una ética psicótica. En cambio algunas matanzas genocidas, o de intento de borramiento étnico, o lo que vivimos en la Argentina como desaparición forzada de personas, tortura, robo de bebés y asesinato, rompen el modelo psicótico, ya que llegan a perder todo sentido y van más allá de lo posible de ser definido. Quizá, dicho simplemente, no eran necesarios para ningún proyecto concebible.

Siguiendo a Agamben, esos crímenes hacen claudicar las categorías que definen sentimientos como culpa, resentimiento, vergüenza, así

como las categorías jurídicas para tipificar los delitos, y pierden toda relación con lo humano. Materializan formas que también rompen la nosografía psicopatológica y se transforman en expresiones no estructurales de descargas; quizá nos restaría como analogía el crimen epiléptico, pero aun ese, Dostoievski mediante leído por Freud (1916), tiene un sentido.

A pesar del sinsentido y la ausencia de significación posibles, se llevan a cabo exclusiones, persecuciones y matanzas, realizadas por personas y pueblos enteros que no se plantean ningún límite; tampoco se interrogan sobre el sentido de estos actos, ya que se encuentran sostenidos y amparados por un discurso que los autoriza. Queda por discernir si han robado ese poder absoluto para alguna satisfacción personal ordinaria, descargando sadismo, violando o devastando. Es el delgado hilo que separa a un soldado cualquiera de cualquier ejército, de los torturadores, los SS o los grupos de tareas en la Argentina. Sospechamos que, aparte de cumplir con la tristemente célebre "obediencia debida", se dan crueles festines personales. Este dilema aparece con muchos políticos o funcionarios que detentan cuotas autorizadas de poder. El otorgamiento de poderes siempre expone a estos malos usos del poder.

La transferencia que estudiamos los analistas, y rige cualquier vínculo humano, predispone a estos otorgamientos de poder; sólo con garantías éticas eso se modera; en el caso de los psicoanalistas, la ética es sostenida por el deseo del analista; ésa sería su ley. A escala social, la garantía ética está en las leyes jurídicas y en alguna forma de control con el consiguiente castigo frente al incumplimiento.

A modo de conclusión, la violencia preocupante es la que está motorizada por un discurso que demuestra un deseo que desconoce al prójimo y busca un tratamiento segregado de derechos y potencialidades a todo aquel que no adhiera al carácter de este tipo de discurso único. Si bien todo discurso es simbólico, estos modos que asumen los discursos únicos adecuan el simbolismo al servicio de un propósito imaginario narcisista que borra las diferencias para que todo cierre en forma adecuada a la voluntad del amo.

Para que operen las cosas de esta manera, la realidad "se achata" uniendo el ideal con la Ley (Peskin, 1994) y haciendo que la voluntad de poder del amo no encuentre obstáculo. Los signos de concordancia

de los ideales narcisistas con las leyes son indicadores de riesgo acerca de lo que vaya a ir aconteciendo. Este tipo de deformación es típico del superyó, y cuanto más se asemeje una organización social al imperativo superyoico, más cerca estaremos de lo peor. Si bien las singularidades muestran que el discurso vigente, una vez configurado, es una máquina autónoma, por ahora, hasta que en el peor de los casos nos gobierne algún dispositivo cibernético, siempre estará accionado por algún líder como agente. Quizás ésta sea otra de las singularidades de la especie o la organización gregaria que la caracteriza, seguir a alguien que se erige como líder en el lugar del ideal, otro punto vulnerable que se opone a que el humano sea un poco más libre: añora un Rey, un Padre o un Dios.

Reiterando que nuestros modelos metapsicológicos se encuentran restringidos para explicar completamente lo social, considerando no obstante que las sociedades están constituidas por sujetos, digamos que las expresiones de maldad extrema son las que se vinculan a un pacto convenido en forma compulsiva por una de las partes; se juega una imposición de unos sobre otros, que son reducidos a objetos privados de humanidad.

Estos modos de accionar exceden a la psicosis, la psicopatía o alguna otra categoría nosográfica, ya que la condición canalla es transestructural, y Lacan aconseja no analizarlos porque se vuelven necios;²⁴ el análisis los ayuda a borrar todo conflicto en relación con su condición canalla, facilitándoles su accionar.

Por desgracia, la especie humana es proclive a las inducciones de los líderes y los discursos; se los busca permanentemente y se cree encontrarlos en cualquiera que se ubique en el lugar del liderazgo: el lugar del ideal del yo. El simbolismo crea el trono y otorga el cetro; cualquiera que lo detente adquiere poder. Así se organiza la masa configurada por personas comunes entre las que puede haber algún paranoico o anómico, pero suele haber muchos que denominaríamos neuróticos. Una vez lanzada la consigna y desensibilizada la turba, el pueblo o el ejército, se vuelven autómatas determinados por las consignas del discurso. A esta regresión es vulnerable cualquier grupo humano y basta muy poco tiempo, algunas veces instantes, para que

24. Lacan, J., *Télévision*, p. 543.

se pierdan miles de años de cultura. Para que esos modos de accionar perduren en el tiempo deben ser sostenidos por un proyecto con deseos referidos a un propósito y, como todo deseo, tiene por sentido último, se alcance o no, una expectativa de satisfacción. La satisfacción puede llegar a ser la más aberrante que se pueda imaginar o incluso, como ya pasó muchas veces, ser inimaginable; aun así puede perdurar y ser llevada a cabo por personas comunes que no se preguntan por qué se les impone hacer.

La preservación de la calidad del discurso que organiza una sociedad, en especial la calidad de sus leyes y costumbres, es decir, su ética, parece ayudar a evitar estos fenómenos. Aunque en una cierta analogía con el cáncer, la calidad simbólica de una sociedad en cuanto a su refinamiento intelectual, como la inmunidad en el cuerpo canceroso, puede también ponerse al servicio de la enfermedad. El refinamiento intelectual potencia los peores proyectos y algunas veces la vergüenza, la repugnancia, la culpa, la pena, son disueltas por las "buenas razones", los diques bases del sistema represivo se configuran por los parámetros de la cultura que se ha incorporado. Por lo tanto, el humano sigue siendo lo bastante frágil como para requerir dirigentes que velen por la calidad de las reglas, y especialmente que éstas se cumplan con cierta equidad.

Bibliografía

- AGAMBEN, G., *Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo*, Valencia, Homo Sacer III, Pre-textos, 2002.
- BENJAMÍN, W., *Para una crítica de la violencia y otros ensayos*, Madrid, Taurus, 1991.
- FOUCAULT, M., *La verdad y las formas jurídicas*, Barcelona, Gedisa, 1995.
- FREUD, S. (1900), *La interpretación de los sueños*. Sobre la psicología de los procesos oníricos. Lo inconsciente y la conciencia. La realidad, Buenos Aires, Amorrortu Editores, vols. IV y V, 1976.
- (1913 [1912-13]), *Tótem y tabú*. Algunas concordancias en la vida anímica de los salvajes y de los neuróticos, Buenos Aires, Amorrortu Editores, vol. XIII, 1976.
- (1919h), *Lo ominoso*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, vol. XVII, 1976.
- (1920-22g), *Más allá del principio de placer*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, vol. XVIII, 1976.

- (1921), *Psicología de las masas y análisis del yo*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, vol. XVIII, 1976.
- (1923b), *El yo y el ello*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, vol. XIX, 1976.
- (1928b [1927]), *Dostoievski y el parricidio*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, vol. XXI, 1976.
- (1930a [1929]), *El malestar en la cultura*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, vol. XXI, 1976.
- (1933 [1932]), *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis. 35ª Conferencia*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, vol. XXII, 1976.
- (1937-1939), *Moisés y la religión monoteísta*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, vol. XXIII, 1976.
- Y BULLIT, W. (1938), *El presidente Thomas Woodrow Wilson. Un estudio psicológico*, Buenos Aires, Letra Viva, 1973.
- GIRARD, R., *La violencia y lo sagrado*, Barcelona, Anagrama, 1998.
- HITLER, A., *Mi lucha*, Buenos Aires, Ediciones de Cultura Política, 1993.
- KLEIN, M., *Una contribución a la psicogénesis de los estados maniaco-depresivos (1934)*, Contribuciones al psicoanálisis, Buenos Aires, Paidós, 1964.
- LACAN, J., *De la psicosis paranoica en sus relaciones con la personalidad*, México, Siglo XXI, 1985.
- *Seminario 7*, “La ética del psicoanálisis”, Buenos Aires, Paidós, 1988.
- *Seminario 11*, “Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis”, Buenos Aires, Paidós, 1986.
- *Seminario 20*, “Aún”, Buenos Aires, Paidós, 2001.
- *Autres écrits*, Télévision, París, Éd. du Seuil, 2001.
- LEGENDRE, P., *El crimen del cabo Lortie. Tratado sobre el padre*, México, Siglo XXI, 1994.
- MANNONI, O., *Freud. El descubrimiento del inconsciente*, Buenos Aires, Galerna, 1970.
- NIETZSCHE, F., *El viajero y su sombra*, Barcelona, Edicomunicación, Colección Fontana, 1994.
- NUSSBAUM, M. C., *El ocultamiento de lo humano. Repugnancia, Vergüenza y Ley*, Buenos Aires, Katz Editores, 2006.
- PESKIN, L., *Los orígenes del sujeto y su lugar en la clínica psicoanalítica*, Buenos Aires, Paidós, 2003.
- *Historia. Historiales*. “El espesor de la realidad”, Buenos Aires, Kargieman, 1994.
- “¿Hay neurosis hoy?”, *Revista de APA*, vol. Internacional N° 1, 1992, pp. 217-232.
- “Del ‘acto cruel’ a la psicopatología de la delincuencia cotidiana”. *Revista de APA*, 2000, vol. Internacional N° 7, pp. 231-248.
- WITTGENSTEIN, L., *Conferencia sobre ética*, Barcelona, Paidós, 1990.

El imposible objeto de transmisión en la anomia de la desligazón social

Félicie Nayrou

La clínica actual de los adolescentes –sobre todo en los barrios periféricos desfavorecidos– es una clínica de la violencia, caracterizada por el considerable aumento de los casos de psicopatía y toxicomanía. Aunque estas alteraciones de la estructuración psíquica tienen orígenes múltiples, mi práctica de los diversos tratamientos, en particular del psicodrama analítico de adolescentes llevado a cabo en un Centro Médico Psicopedagógico de una localidad suburbana “difícil” me ha llevado a comprobar que en estas patologías aparecen muy a menudo carencias en la transmisión de los referentes simbólicos y fracasos en la constitución del superyó post edípico. Lo que falta queda situado entonces en una interfaz entre valores culturales y psiquismo individual, en un espacio de transmisión del que el trabajo de cultura –“concepto límite” entre el *socius* y la psique– es un vector determinante. Y precisamente en esta zona de transmisión se patentiza el importantísimo sostén que el lazo social constituye para la estructura psíquica.

Mi reflexión partió de una comprobación opuesta: la incidencia negativa de la desligazón social de los padres en cuanto a su capacidad para transmitir valores y prohibiciones a sus hijos. Y esto, a partir de dos series de observaciones fenomenológicas de índole heterogénea.

En mi actividad como consultante y psicoterapeuta del Centro Médico Psicopedagógico, debí escuchar con frecuencia una queja particular proferida tanto por padres provenientes de la clase obrera tradicional, muy afectada por la pérdida de empleo, como –pero con lenguaje diferente– por padres inmigrantes de la primera generación, conocedores de las dificultades del trasplante, la integración y el